

LA "PASSIÓ" DE VERGES

NO me quiero privar del gusto de ocuparme, por brevemente que sea, del impresionante espectáculo de la llamada «Passió» de Verges, que este año tuve la feliz oportunidad de poder presenciar, después de un paréntesis largo de años.

La primera vez que vi este «auto sacramental», — escrito con una simplicidad conmovedora, bien ordenada a suscitar sentimientos de conmiseración ante la magnitud del drama cristiano de la Redención — era yo apenas un muchacho. Fué, para mí, un rudo golpe; no, ciertamente, en sentido de mejorarme el espíritu, sino en el de deprimirlo. Aquella sucesión nocturna de escenas de tragedia carecía en absoluto de sentido trascendente. Era, en general, una suma de cosas desmadradas, de chabacanerías deplorables, de irreverencias incluso. La sencillez y espontaneidad de la letra de los decires chocaba con la necesidad de muchos de los actores, irresponsables. Me hizo un pésimo efecto.

El marco del espectáculo era soberbio. Ni que decir tiene la fidelidad de lugar y ambiente que aquellos escenarios tenían con los de los sucesos de la Pasión del Señor. Sobre todo aquella plaza de Verges, impagable, con aquellos torreones erguidos sobre el lienzo de muralla del costado de levante; aquel olivar y aquella auténtica calle de amargura que ningún escenógrafo sabría transportar con mayor fidelidad de lugar y tiempo. Pero aquel escenario *lloraba*... Tan hermoso de años y evocaciones y tan mal traído en aquel entonces, ya remoto.

Han pasado los años, y aquéllo ha logrado alcanzar una reviviscencia de sabor y de prestigio.

Se ha dignificado el utillaje de la representación y, sobretodo la mayor dignificación ha alcanzado al elemento humano que interviene en el acto.

Me imagino lo que habrá costado todo esto, en insistencias, esfuerzos, paciencia y firmeza de voluntad por parte de directores y dirigidos. Pero el objetivo ha sido logrado plenamente. Lo cual constituye un éxito rotundo que los vergelitano sabrán mantener firme en su marcador de tantos, sin duda.

El pasado mes de abril, la «Passió» de Verges ha sido para mi sensibilidad una de las evocaciones de Semana Santa que más me han convencido. Ausente de mi tierra durante tantos años, en el presente he podido alegrarme íntimamente de tres cosas que he visto, memorables las tres: la procesión devotísima de los Dolores, en Besalú, la procesión de Viernes Santo en Girona, y la «Passió» de Verges, en la noche del Jueves Santo. La primera me impresionó por su religiosidad, silencio y logrado concurso de pueblo, hasta el extremo de poder afirmar que era una procesión *sin mirones* puesto que todo el pueblo de Besalú andaba en la religiosa comitiva; la segunda no me pareció sombra de lo que era antes, de tan mejorada en todos sentidos, y por lo que hace referencia a la «Passió» de Verges, fué la contrapartida que yo necesitaba de aquella antigua y desabrida

LA HIERBA GRIS DE LAS DUNAS

EL bote se deslizaba con suavidad aguas abajo llevado por la corriente. El embarcadero quedaba en un remanso lleno de juncos y carrizos. Una carpa muerta flotaba en un rincón, sobre el agua espesa de cáscara de arroz. Pero todo eso ya quedaba a la espalda. Ahora teníamos a cada lado la tierra llana y fangosa, llena de juncos y cañizos sequerosos, rubios, de una apariencia hirsuta y esfumada a la vez. Si la corriente nos llevaba a la orilla nos desasíamos con un golpe de remo, y entonces se percibía más intenso el vaho del fango, tan insípido, dulce e indiferente como el color de la cinta de agua turbia que veíamos delante y se ocultaba en una curva, tras el ramaje embardado de unos árboles aún sin hojas. El sol de abril, a resguardo del bardal de la ribera, empezaba a morder. Un aire fino, tramontana de buen tiempo, zumbaba en el plumero de los cañizos más altos y se arrastraba sigilosamente como un reptil entre la masa informe y puntiaguda del juncal.

Durante un rato navegamos así, a la deriva, sobre un agua siempre igual, espesa y ocre. Solamente, por encima de la incierta cortina de plantas acuáticas, se vislumbraban a mediodía las montañas de Bagur y, mirando al norte, el Montgrí rosado y gris. De vez en cuando, más cerca, entre los claros que dejaban los árboles espinosos de la orilla, aparecía el pino gigante de La Fonollera.

Saltó un mujol alegremente como una chispa plateada entre la monótona gradación de ocre apagado que nos circundaba. En un remanso nos sorprendieron unos lirios de un verde reluciente y triste. Solo uno empezaba a florecer: era amarillo.

De repente, al rebasar un meandro, apareció una cinta de arena. Se acabaron los árboles. El Daró perdía fondo y encallamos en un banco; antes de perderse en el mar corría un tramo recto y paralelo a la playa. Desembarcamos sobre una lengua de arena que se fundía con la última curva de agua dulce. Más allá se adivinaba el incierto abanico de la desembocadura. El viento llevaba olor de marisco y se oía el mar rompiendo en la playa. Ante nosotros teníamos unas pequeñas dunas por encima de las cuales se distinguía la maciza silueta de las Medas en la línea violeta del horizonte. Entre la arena de las dunas crecía una larga hierba fina de un color ligero, verdeazul agrisado y seco. La hierba de las dunas crepitaba movida por el viento. Pasó una gaviota volando lentamente y lanzando agudos chillidos. Nos encaramamos sobre las pequeñas dunas. Eran cálidas, duras y temblorosas como el lomo cansado de un alazán. Desde allí se veía la playa de Pals ancha y desolada. La arena del primer término estaba llena de conchas. Caminamos hasta la orilla donde grandes olas largas rompían su cresta espumosa con un ruido terco y continuo. Al final de la playa, sobre el mar oscuro, El Estartit, anegado de sol, era como una cegadora línea blanca, y más cerca se alzaban del mar las islas Medas en la misma prolongación ideal de la montaña, altas y firmes, orgullosas de soledad.

Giramos la vista en torno; una gran extensión de tierra llana se adivinaba tras el primer término espeso y suave de las tierras pantanosas y el rastrojal de los arrozales. El pino de La Fonollera dividiendo los deltas del Ter y del Daró, con los montes de Bagur y el Montgrí a cada lado, y al fondo, lejos, las Gavarres onduladas. Más cerca, entre las primeras lomas redondas, clavados profundamente en la tierra amarilla y negra, los pueblos antiguos: Pals, Palau, Ullastret, Peratallada...

La playa de Pals nos producía una aplastante sensación de fuerza, un terrible vacío de desierto ocre y rosa, lejano y próximo a la vez, donde se amortigua la sensación de tiempo y espacio. El pequeño miedo saludable que produce la naturaleza salvaje, casi hostil.

Entre la tierra y el mar flotaba una ilusión luminosa de lejanía. La playa estaba llena de conchas blanquecinas, dormidas entre el rugido monstruoso del mar y el suave crepitar de la hierba gris de las dunas.

María RIBOT

sucesión de cosas más desagradables que gratas, más consensables que elogiadas, más tristes que consoladoras, que recordaba de un antaño remoto.

La juventud vergelitana ha respondido plenamente a la altura de los deseos y esfuerzos del Sr. Cura del pueblo y de los esclarecidos vecinos señores Ferrer y Puig y ha incorporado en el haber del simpático pueblecito ampurdanés el honor y el mérito de ser, en tierras gerundenses, el único que presenta la escenificación más tocante, completa y bien resuelta

del drama de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Alguien debía hacerse eco de esta hermosa realidad y yo he estimado de justicia hacerlo con estos renglones, que nadie me ha pedido y que generosamente brindo a la juventud vergelitana para que ahonde cada día más en sus buenos propósitos de ir llevando la «Passió» a toda la altura que merece por sus íntimos valores de expresión religiosa y de arte cristiano,

Luis G. PLA



LA HIERBA GRIS DE LAS DUNAS.